

Cuento: **El hombre de Turing**

Firma seudónimo: **Wish you were here**

Wilfredo terminó de perforar las cintas con el programa para el cálculo de trayectorias, abrió el segundo cajón del escritorio para dejarlas y se encontró con un pebete de jamón y queso, mordido. De inmediato se incorporó y el respaldo de la silla dio contra el suelo. Carajó a los cuatro vientos, tomó el pebete, cruzó la habitación hasta un tacho de basura, lo estrujó y lo tiró al fondo con fuerza. Volvió al escritorio, tomó una hoja en blanco, se limpió las manos con el papel y regresó hasta el tacho a tirarlo. Desde ese lugar observó la disposición en U de los racks que formaban la computadora. Dieciocho metros de armarios con la altura de un hombre, repletos de válvulas y cables. Vio a la computadora como una isla en la habitación, a merced de caníbales y sus mordiscones. Levantó la silla y se sentó nuevamente en el escritorio; rodeado por los armarios tomó la máquina de escribir y detalló el llamado: “Incidente premonitorio de la desidia”. Exigió que se encontrara al incauto y se le consignara una suspensión de una semana sin goce de sueldo. Era consciente de que ese reclamo no sería atendido como tampoco se había dado curso a las faltas ortográficas en los reportes, o a la insuficiencia de limpieza y mantenimiento en el interior de los armarios de la computadora. Finalizó su reclamo con un: “Si consideran que exagero el cuidado de la unidad computacional, díganme ustedes con cuál otra podríamos trabajar en caso de que esta máquina quedase inoperativa”. Era cierto, en la cabeza de Wilfredo todo era cierto, porque nada resulta más real que la razón. Clementina, aquella primera computadora en el país, era irremplazable y esencial para un pequeño grupo de científicos y académicos. Sin embargo, Wilfredo no reclamaba por ellos. Dejó el informe en una carpeta con el título: “Urgente”. Acomodó el escritorio y metió las cintas en el cajón. Antes de irse, como todas las madrugadas, descolgó y se puso el sobretodo, tomó el maletín, apagó las

luces de la habitación y recorrió por detrás a Clementina para observar el brillo naranja incandescente de las válvulas por entre las juntas de las puertas, sintió el zumbido de los transformadores, palpó el calor sobre las chapas hasta alejarse a paso lento, salió, cerró con llave y bajó por las escaleras.

Del escritorio de la mesa de entradas, a metros de la salida a la calle, tomó una pequeña copa con agua y se dirigió por el corredor a uno de los baños. Enjuagó la copa, luego la llenó hasta tres cuartos, del maletín extrajo un estuche de jeringas de acero inoxidable y lo abrió. Del estuche sacó una rosa fresca, de tallo corto. La colocó en la copa, guardó el estuche en el maletín, se repasó el pelo mirándose en el espejo y salió apurando el paso con la copa y la rosa en una mano y el maletín en la otra. La redacción del informe por el pebete lo había retrasado media hora y temía que algún otro empleado llegara temprano. Wilfredo trabajaba por las noches para evitar el trato con la gente y se le permitía que así fuese porque, como Clementina, no había otro Wilfredo en el país. Dejó la copa sobre el escritorio, corrigió la inclinación de la rosa, apoyó el brazo sobre éste y se perdió unos segundos, mirando el vacío que minutos más tarde ocuparía la recepcionista. En sus ojos se podía ver el trazo que reconstruía la figura de la joven. Incluso en la boca de Wilfredo era posible leer las palabras que quería decirle. Un instante después volvió a incorporarse y se fue por la puerta de entrada a la calle, tomó a la izquierda camino a la casa. Otro programa, otro informe, otra rosa, como todos los días, en silencio y a solas.

A la semana, trabajando en los brazos de Clementina, se encontró con un informe que respondía a aquél pedido por el incidente del pebete. En éste se le indicaba que la función que él cumplía era estrictamente técnica y que no debía inmiscuirse en asuntos del personal ni indicar a sus superiores la forma de actuar en temas que no eran de su

competencia. Sin embargo, destacaban que el asunto del mantenimiento y la limpieza serían revisados. Wilfredo releyó el informe en voz alta para liberar el ardor que le emergía con rabia desde el pecho y luego, hipnotizado por el giro de los carretes de las cintas de Clementina, dijo: “¡A vos te parece!” La máquina de dieciocho metros de largo no emitió respuesta. Simplemente se dedicó a zumar y consumir electricidad mientras Wilfredo, cabizbajo, pensaba. A los segundos, el rastro de olor a quemado lo alertó, levantó la cabeza, se puso de pie y fue detrás de la computadora. Revisó puerta tras puerta para encontrar de dónde provenía. En el séptimo módulo descubrió, entre unas placas y decenas de válvulas, un trozo chamuscado de cinta de aislar sobre un bulbo de vidrio. La intensidad del olor confirmó que era la causa. Comenzó a hablar solo, diciendo cosas como: “¡Pero, mira vos! ¿Un electricista llamaron? ¡De cuarta! No entienden, no entienden.” Se arrodilló para meter el brazo por entre las tripas de Clementina, para sacar la cinta antes de que se quemara por completo. Con cuidado sorteó las otras válvulas para no romperlas y para no quemarse ni terminar electrocutado. De ninguna manera iba a apagar la computadora, no disponía de tanto tiempo para volverla a encender. “Tranquila, tranquila”, le susurró. Con el índice y el mayor tomó un extremo de la cinta, descubrió que el pegamento se había fundido sobre el vidrio de la válvula y le pegó un tirón. Sin querer rozó la parte interna de la muñeca contra la punta de vidrio de otra válvula. Sacó el brazo de golpe y se tomó la muñeca. Grito: “¡Pero la puta madre que lo parió al electrón!” Cerró la puerta de una patada, dio la vuelta y se sentó en el la silla con las manos hundidas en la panza. Notó que le salía sangre por la herida. Recortó la punta de una cinta de programa, la puso sobre la quemadura y la fijó con el trozo de cinta de aislar que había quitado del interior de Clementina. Por media hora se quedó quieto con los ojos cerrados, recostado en la silla. Después se levantó y revisó el trayecto que había recorrido desde el módulo. Temía haber dejado un rastro de sangre. Lo

abrió y miró con detalle cada rincón. Se imaginó lo que podrían llegar a decirle los superiores si se enteraran de lo ocurrido. Él, que pedía cuidados, pudo haber roto la computadora al meter el brazo entre los componentes. La muñeca le ardía y decidió irse temprano para pasar por el hospital. Sin terminar el trabajo ni dar explicaciones. El dolor de la quemadura le recorría el brazo y le pinchaba el corazón.

En la recepción, frente al mostrador, antes de salir, miró la copa y dudó si dejar la rosa que había llevado ese día. Con mucho dolor y, dependiendo del brazo sano solamente, cumplió con la tarea poética sin detenerse a contemplar el espacio vacío que ocuparía la recepcionista. Salió a la calle y tomó hacia la derecha para ir al hospital. En veinte años de trabajo siempre había tomado hacia la izquierda, recorriendo un camino pendulante entre el departamento y el trabajo. Como los senderos de tierra que cruzan las plazas había un único segmento de camino en cuyos extremos se encontraba Wilfredo.

Llegó a la esquina y mientras esperaba un semáforo vio un tacho de basura colmado. Por un instante imaginó al barrendero holgazán que no lo había vaciado hasta que vio dentro, entre papeles y bolsas, decenas de rosas putrefactas de tallo corto. La incomprensión inundó la mente de Wilfredo. ¿Por qué las tiraría? ¿Serían de otra persona? Y, la pregunta que lo dejaba sin razón: ¿Por qué no retiraba la copa si despreciaba las rosas? Una fugaz declamación le cruzó la mente: “Hay que seguirle el juego al loco”, y la dejó ir sin siquiera perseguirla. Wilfredo comprendió y desistió de seguir pensando. En los ojos le destellaban pequeños diamantes. Extrajo el estuche del maletín y lo tiró adentro del tacho, sin abrir. Tuvo la impresión de que era un féretro de metal sobre un colchón de rosas podridas. Otro dolor le calmó la dolencia por la quemadura. Desistió de ir al hospital. Dio la vuelta para volver a su casa, con pasos cortos y lentos. Aquél día debería haber llovido,

pero no. Ni siquiera el frío del invierno era tan cruel. Vivió la angustia en un día agradable. Llegó a su casa y se tiró a dormir.

Al despertar en la cama del departamento se miró la muñeca con la cinta de aislar pegada. El dolor se circunscribía al punto de contacto, al resto del cuerpo lo sentía bien. Fue al baño se lavó las manos y, con cuidado, desprendió la cinta. Sabía que el papel del programa se le había pegado a la piel con la sangre y que le causaría dolor. De a poco lo retiró hasta que quedó un hilo negro colgando. Supuso que era un pelo y estiró un poco más, pero el hilo se extendía sin cortarse. Luego otro poco y así hasta un metro. El hilo parecía salir de su cuerpo. Pensó en arrancárselo, con cierta desesperación. De los cajones tomó una tijera e intentó cortarlo. Un dolor agudo le corrió por el brazo, se le enroscó en el pecho como un fardo de púas y se diseminó por las extremidades. Ese hilo negro, similar al de costura, estaba de alguna manera conectado al sistema nervioso. Lo despegó de la cinta de aislar, se recostó en la cama con el brazo en alto y miró el hilo que colgaba. Tiró de él varias veces y continuó extendiéndose. Las horas se le pasaron por el desconcierto y debió apurarse para volver al trabajo. En la ducha observó cómo el hilo colgaba de la muñeca, como un fino y largo cabello negro. Al vestirse decidió enroscarlo en el brazo para que no asomara por la manga de la camisa. La herida parecía sana, apenas un poro por donde supuraba el hilo. Esa noche llegó y trabajó para evitar pensar hasta que se fue sin haber recorrido los armarios de Clementina. Pasó frente a la recepción sin mirar siquiera el escritorio. Por la tarde del día siguiente se apersonó varias horas antes. Al entrar cayó en la cuenta de que la recepcionista debía estar ocupando el espacio vacío. Hundió la cabeza entre los hombros y fijó los ojos en las baldosas y los recovecos de las uniones. La presencia de la joven lo llevó a juntar los brazos al cuerpo y a tomar la forma del contorno

de una probeta. Peregrinó esos metros entre el sudor frío y la aceleración del tiempo, hasta que alcanzó el corredor y las escaleras. Exhaló. Soltó los codos y subió al laboratorio de química del primer piso. Esperó a que se desocupara y se metió. Puso el hilo debajo de un microscopio. Se develó como una finísima cinta negra perforada, similar a las cintas blancas que él perforaba para los programas de Clementina. Sonrió. No le fue posible distinguir la secuencia de códigos por el alcance de las lentes. Una persona en delantal blanco entró en la sala, él bajó la manga de la camisa para esconder el hilo y se retiró sin mediar palabras. Toda la noche se mantuvo en silencio con los ojos redondos y de a ratos miraba a Clementina con una sonrisa cómplice.

Ese amanecer, en la cama de su casa, se dedicó a sacar más tramos de hilo. Pronto tuvo un denso ovillo alrededor del brazo. Se sonreía. Luego se paró y sintió algo extraño en el pie derecho. Se descalzó y se sacó la media. El dedo chiquito del pie le había desaparecido. Solo quedaba un pequeño muñón. Horrorizado se tiró en la silla y, con la boca abierta, observó un pie de cuatro dedos. Tardó un rato en animarse a tocarlo para corroborar que el dedo pequeño no estaba. Se sacó el otro zapato y contó los cinco, completo. Miró el ovillo de hilo negro en el brazo y dedujo lo imposible: “Me estoy convirtiendo en un programa”. No se presentó al trabajo y por la mañana llamó para pedir licencia. Le concedieron dos semanas, porque así ellos también descansaban de Wilfredo por unos días. A la semana lo llamaron con urgencia y volvió antes al trabajo porque Clementina no funcionaba. Apenas observó el tablero principal se dio cuenta de que le habían cargado un programa incorrecto. Fulminó con la mirada al asistente técnico recién ingresado y el chico huyó por la puerta. De haber sabido que ése era el responsable de la mordida del pebete lo habría ajusticiado verbalmente, hasta verle el alma como una pasa de

uvas. Se tiró en la silla y dijo: “Te dejo unos días y te estropean ¿O será que me extrañas?” Sobre el escritorio vio la pila de carpetas con decenas de requerimientos. Andaba cojo. Los otros cuatro dedos del pie le habían desaparecido y el ovillo le cubría todo el brazo. Durante los días de licencia, en el departamento, no había podido contener las ganas de tirar del hilo en la muñeca y, en cada arranque un nuevo trozo de pie le desapareció. Ahora, rodeado por los brazos de la máquina decidió dedicarse al trabajo como si hundiera la mente en un balde de agua helada. Escribió las cintas de los programas atrasados, se levantó una infinidad de veces para acomodar los carretes en los cabezales, luchando con la inestabilidad del pie. Fue hacia a la oficina de maestranza, buscó un ventilador y, trastabillando, lo acarreo hasta el fondo de Clementina y lo encendió. “Así vas a estar mejor”, dijo. Más tarde contó las carpetas que había resuelto y decidió dejar un programa corriendo para retirarse un poco antes. Buscó un carrete en los armarios de insumos, volvió a la terminal de escritura, desmontó el carrete anterior, puso el nuevo y, agotado, ejecutó el programa. Hoyó el zumbido suave de Clementina acariciados por las paletas del ventilador. Se sentó en la silla y cayó dormido. Al despertar sintió un cosquilleo en la muñeca. El hilo negro se había atorado en el carrete de escritura y lo estaba enrollando. Una parva de hilo cubría el escritorio y el tablero de control. Wilfredo vio que le habían desaparecido las piernas, de las rodillas para abajo; la cara se le desfiguró. Clavó los ojos en el rodillo que enroscaba el hilo de su muñeca, se arrastró con los brazos y se estiró para soltarlo, pero desistió. La imagen del tacho de basura lleno de rosas se le vino a la mente. Se vio postrado en una silla de ruedas, se vio en circos junto a mujeres barbudas y leones famélicos. Se imaginó hecho una cosa. Mantuvo la ejecución del programa de Clementina, dio vuelta la silla y se quedó mirando la puerta de salida, abrazado por los armarios de la computadora. ¿De qué preocuparse? Si no sentía dolor. Al rato dejó de ver los rincones de la habitación,

luego el techo de la habitación, luego las paredes, luego el piso, luego la puerta, la manija, vio el ojo de la cerradura y no vio más. Minutos después abrió un ordenanza y salió corriendo al ver la ropa de Wilfredo tendida sobre la silla como un fantasma y la parva de hilo volcada como una inmensa barba desde el tablero hasta el suelo. Otros llegaron, nadie se lo explicaba. Buscaron a un hombre desnudo por todo el edificio y preguntaron a los comerciantes de la zona. Ninguno lo había visto. Cuando el ordenanza intentó cortar el hilo para cerrar una de las bolsas, descubrió lo resistente que era. Intentó con una tijera y no pudo. Un técnico indicó que llevaran la parva al laboratorio. Les llevó varias horas de trabajo extraer el hilo del interior de los gabinetes, porque se había introducido a través de las hendiduras en el panel principal. Debieron apagar la computadora y, con la ayuda de linternas y pinzas fueron desenredando el hilo que serpenteaba por entre las válvulas, cables y componentes. Bajo el microscopio observaron las punzadas que parecían similares a las cintas de un programa. No podían imaginar cómo y con qué máquina Wilfredo había logrado escribir un programa tan largo en una cinta tan fina y resistente. Supusieron que había tenido un momento de genialidad. A la tarde siguiente un policía se resintió el hombro al forzar la puerta del departamento de Wilfredo. No encontraron indicios que pudieran interpretar. Todo estaba en orden. Un mes después, en el laboratorio, lograron leer el programa en el hilo negro, usando una luz azul que proyectaba las perforaciones a través de una lente especial. Se rieron al descubrir que no eran órdenes ni códigos de ejecución. Era apenas un simple mensaje que se repetía infinidad de veces: “Clementina, te amo.”